

Báez Fumero, José Juan. *Poesía y espiritualidad en la literatura puertorriqueña (desde sus orígenes hasta el modernismo)*. Ponce: Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico, 2018.

Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Catedrático
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico

Un estudio panorámico sobre el tema religioso-espiritual en la lírica puertorriqueña resulta complejo, no sólo por la cantidad de poesía publicada en libros, sino por el óbice que dispone la producción poética publicada en periódicos y revistas durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. Aun así, el doctor José Juan Báez Fumero, investigador de la Casa Yaucana (Taller de investigación y desarrollo cultural en Yauco, Puerto Rico), ha emprendido la tarea con detenido estudio y compromiso. Un estado de la cuestión introduce al lector en el casi vacío crítico y analítico sobre el tema. Entre los estudiosos anteriores destaca Ciriaco Pedrosa Icaza, quien había publicado en 1973 una valiosa investigación sobre la lírica religiosa en la literatura puertorriqueña del siglo XX, titulada *Religión y religiones en los poetas*. Se trataba de la revisión de su tesis presentada a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid en 1970. Al estudio de la lírica religiosa en el siglo veinte antecede en ese libro un capítulo dedicado a la producción lírica del siglo XIX y un apartado reservado al modernismo. Curioso resulta que Pedrosa Icaza señale la existencia de un estudio escrito en holandés sobre la literatura católica en Hispanoamérica, titulado *De Katolik literatur in Spaans-Amerika*, donde se dedican dos páginas a Puerto Rico. No queda claro a quién pertenece tamaña curiosidad. Por su parte, continúa el estado de la cuestión que presenta Báez Fumero, Sísiter María de Sales dedica su disertación de maestría presentada al Programa

Graduado de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en 1964 al tema religioso, titulada precisamente *El sentimiento religioso en la lírica puertorriqueña*. Siguiendo a Cesáreo Rosa-Nieves, indicaba De Sales que poco se había escrito del tema religioso en la literatura puertorriqueña para aquel entonces. Remontándose a Francisco de Ayerra y Santa María, poeta nacido en San Juan, pero formado en México, su disertación pretende dar cuenta de la poesía «puertorriqueña» que trate llanamente el tema religioso. Otros estudiosos como el Reverendo Padre Esteban Santaella, Cesáreo Rosa-Nieves y Haydée E. Reichard de Cancio habían atendido aspectos sobre la religiosidad en poesía popular y culta, pero de forma muy escueta o sus estudios iban dirigidos a exponer un aspecto muy específico dentro del tema religioso o del culto mariano. El estudio de Báez Fumero intenta llenar ese vacío:

No hay, por tanto, ningún trabajo monográfico, aparte de los capítulos que Ciriaco Pedroza le dedicó en su libro sobre la lírica religiosa puertorriqueña del siglo XX, que se ocupe a fondo de la poesía de tema religioso-espiritual desde sus orígenes conocidos hasta principios del XX en Puerto Rico. (19)

Alejándose, en el tiempo, del momento en que comienza la literatura en Puerto Rico (siglo XIX), retrotrayéndose a la conquista, Báez Fumero pretende dar cuenta de una gran gama de situaciones en relación con la religiosidad, desde el anhelo de Cristóbal Colón por «cristianizar» a los aborígenes, hasta las más alejadas sendas de la búsqueda espiritual en la unión mística. Sigue de cerca la idea que pretendía conectar la búsqueda de las raíces nacionales de Puerto Rico en la antigüedad de Borinquen, como lo había hecho la generación del treinta, siguiendo las iniciativas de la historiografía de finales del siglo XIX en Puerto Rico. De ahí, que observe la preocupación por la cristianización en autores como Fray Ramón Pané, Fray Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Juan de Castellanos y Fray Iñigo Abad y La Sierra. Como es de esperar, en vista de la ausencia de literatura puertorriqueña para aquella época, el capítulo dedicado a los orígenes de la poesía religiosa es más bien un análisis

de la situación política que implicó la colonización y el empeño evangelizador de España en América. No deja de tener importancia, sobre todo para observar la imagen del conquistador sobre el conquistado y los alcances de la empresa colonizadora.

Como es lógico, el salto en el tiempo es inevitable. De aquellos orígenes, se pasa al siglo XIX, con la llegada de la imprenta alrededor de 1806 y las publicaciones del español Juan Rodríguez Calderón, quien en ese mismo año, al introducir la imprenta, publica el primer libro en Puerto Rico, *Ocios de la juventud* (1806). Dando cuenta del segundo libro publicado en Puerto Rico, el *Cuadernito de varias especies de coplas muy devotas* (1812), del español Manuel María Salúcar, al cual Báez Fumero considera como el primer libro de tema religioso publicado en la Isla, el estudio va trazando el paso hacia el desarrollo de la literatura puertorriqueña relacionada con la religiosidad. Vale destacar la erudición de Báez Fumero, quien observa hasta el desarrollo de la escultura relacionada con la religiosidad.

Una vez establecida la imprenta en la Isla, con el desarrollo del periodismo como primer promotor de la literatura, será el *Aguinaldo Puertorriqueño* de 1843 el punto de partida para la búsqueda de la literatura puertorriqueña, como bien lo había pautado ya la generación del treinta. Báez Fumero considera otras colecciones insipientes como las *Fiestas reales de Puerto Rico* (1844), el *Aguinaldo Puertorriqueño* (1846) y el *Cancionero de Borinquen* (1846) hasta llegar al «primer gran libro puertorriqueño», *El Gíbaro* (1849), de Manuel A. Alonso. Se detiene a observar el tema religioso en figuras como Alejandrina Benítez, en el *Aguinaldo Puertorriqueño* de 1846; Santiago Vidarte, en el *Cancionero de Borinquen*, para dar paso al desarrollo de la literatura en las décadas de 1849 a 1880, es decir, desde la publicación de *El Gíbaro*, de Alonso, hasta la muerte de José Gautier Benítez, época en la cual se destaca la figura cimera del momento, Alejandro Tapia y Rivera. En el poema extenso *La Sataniada*, Báez Fumero encuentra espacio para exponer la imagen religiosa de toda una tradición que se remonta a *La Divina Comedia* de Dante, pasando por el *Paraíso Perdido* de Milton y el *Fausto* de Goethe. No podían quedar fuera las poesías tituladas «La barca» y «Dios», de José Gautier Benítez. La primera fue elogiada en su momento por Marcelino Menéndez y Pelayo

en su ya famosa *Historia de la poesía hispanoamericana* (1893-1895), con toda la reminiscencia de «El cuervo», de Edgar Allan Poe, a quien Gautier Benítez pudo haber conocido por su amistad con el venezolano Juan Antonio Pérez Bonalde, a la sazón en Puerto Rico, quien tradujo aquel famoso poema del estadounidense. Dato curioso es que tanto «La barca» como «Dios» tienen 108 versos, como «El cuervo», con lo cual no cabe duda de que el puertorriqueño conocía el ensayo «La filosofía de la composición», donde Poe define el poema largo y pauta la cantidad de versos que aproximadamente debe tener ese tipo de poema. El segundo de los poemas de Gautier Benítez se publicó en el *Nuevo Cancionero de Borinquen* en 1872. Pero será Lola Rodríguez de Tió, quien, según Báez Fumero, encarna el mayor aliento religioso de la época, sin olvidar a otros poetas como Francisco Álvarez Marrero, Fidela Mathew, Carmen Hernández de Araújo y Francisco Gonzalo (Pachín) Marín.

Al enfrentarse con el Fin de Siglo, que incluye al modernismo literario tal como se conoció en Hispanoamérica y España, Báez Fumero se encarga de definir las nuevas tendencias con lujo de detalles. Se ocupa de figuras como Luis Muñoz Rivera, Modesto Cordero, José Guillermo Torres, Manuel Zeno Gandía, José Mercado (Momo), Vicente Palés Anés, Salvador Brau y Clemente Ramírez de Arellano, sin olvidar la poesía obrera de José Agustín Aponte y Abelardo Morales Ferrer. Da paso a la obra de los poetas ya afiliados al modernismo, como José de Jesús Domínguez y su poema extenso *Las huríes blancas*, publicado antes que el libro seminal de Rubén Darío, titulado *Azul...* (1888). Báez Fumero se presenta muy al día, al destacar las últimas publicaciones de la obra de Domínguez titulada *Ecos del siglo* que editó en 2007 el estudioso Ramón Luis Acevedo, así como da cuenta de la publicación de la poesía completa de José de Jesús Esteves, divulgada por la Editorial Tiempo Nuevo.

Después de Domínguez, Báez Fumero centra su mirada en la obra de José de Diego y su poema largo *Sor Ana*, así como en la poesía de *Pomarrosas* y *Jovillos*. Si bien considera a Domínguez y De Diego como los «primeros modernistas puertorriqueños», hay en la exposición del libro deslices involuntarios sobre el desarrollo del modernismo en Puerto Rico, que se desprenden más del desconocimiento ge-

neral que de esa vertiente literaria se tiene entre los estudiosos de la lírica en la Isla y más fuera de ella. Esto es importante señalarlo: falta todavía búsqueda en periódicos y revistas de la época, en los cuales se desarrolló el modernismo. Por ejemplo, se afirma que el primer comentario conocido contrario al modernismo lo escribe Rafael del Valle, un poeta que practicaba él mismo el modernismo tan temprano como en los primeros años de la década final del siglo XIX en poemas publicados en el periódico *La Democracia*. En un texto publicado en *La Gaceta Ilustrada* de Nueva York y editado por el mismo Francisco Javier Amy en 1895, titulado «Escuelas literarias», sobre la base de la lectura del libro *Cromos*, del poeta colombiano Abrahán Z. López-Penha, se enjuicia el modernismo y se critica al poeta, ya que se deja seducir por la nueva tendencia:

[...] le han seducido las plausibles *teorías* del llamado modernismo francés, que se ha dejado a las veces dominar por ellas, como tantos otros, sin parar mientes en que casi todo lo realizado hasta la fecha, dentro de estas teorías, corresponde a las ambiciosas pretensiones de sus pontífices y secuaces. Basta revolver la labor de los gárrulos representantes de las múltiples sectas en que está fraccionado el *modernismo* francés, [...].¹

Amy llama, además, a los modernistas «los Góngoras de hoy», y al movimiento lo bautiza como «churrigueresco modernismo», en evidente privilegio por la poesía clasicista, y se opone a que la poesía participe de la pintura y de la música. Más evidente aún es el rechazo al parnasianismo, y al modernismo, que lo sigue: «[...] es preciso cuidar de que estas condiciones no traspasen los límites naturales hasta el punto de invadir los dominios de la Pintura y de la Música, so pena de incurrir en absurdas monstruosidades»². Sin embargo, esto

¹ Francisco Javier Amy, *Predicar en desierto...*, *Verdades que no querría oír la actual generación, pero que sabrán apreciar las generaciones venideras*, San Juan, Tipografía El Alba, 1907; p. 220-221. Nótese, además, que Amy destaca un «modernismo francés» en lugar de un modernismo hispanoamericano.

² *Ibid.*; p. 221.

no desmerece la exposición de Báez Fumero. Son detalles que hay que ir hilvanando para acercarnos a una imagen más clara y precisa del modernismo en Puerto Rico, historia todavía por hacer.

En el modernismo del siglo XX en Puerto Rico Báez Fumero estudia la obra de autores significativos como Arístides Moll Boscana, Jesús María Lago, Antonio Nicolás Blanco, Virgilio Dávila, José de Jesús Esteves, Antonio Pérez-Pierret, Juan Vicente Rivera Viera y José P. H. Hernández. Echo de menos en los comentarios de Báez Fumero la edición y estudio de Ramón Luis Acevedo de *Mi misa rosa*, publicado por la Editorial Terra Nova en 2012, así como el estudio de la poesía de Gabriel Ferrer Hernández y Genaro de Aranzamendi, en la cual podría encontrarse desarrollo del tema en cuestión. Sin embargo, en el libro se discute detalladamente el tema que lo dirige, especialmente en poetas menos estudiados, dejando espacio al final para encargarse de la obra de los tres poetas más emblemáticos de la poesía en Puerto Rico de aquel momento: Luis Lloréns Torres, Evaristo Ribera Chevremont y Luis Palés Matos. Un aspecto que valdría la pena indagar es la visión demoníaca de la poesía de Ribera Chevremont, que, en cierto modo, es una forma de religiosidad. Ribera Chevremont cultivó el verso afiliado a lo demoníaco, como correspondía a cierta vertiente de la lírica moderna desde el romanticismo. Sus poemas afines a esta vertiente (*Poemas del mundo negro*) no formaron parte de sus *Obras completas* (Editorial de la Universidad de Puerto Rico) así como sus libros *Desfile romántico* y *El templo de los alabastros*. No hay que olvidar por esto que Ribera Chevremont está experimentando con temáticas diversas hasta llevar su búsqueda a la religiosidad oriental en sus prosas tituladas «La poesía del silencio», publicadas en 1920 en el periódico *El imparcial*. Cierra el libro con unas consideraciones finales que rescatan en breve comentario la poesía de otro de los olvidados poetas puertorriqueños, José Espada Rodríguez.

Enmarcado en la reseña de libros tan magistrales como *Los trabajos de la belleza modernista*, de Esteban Tollinchi, sin olvidar su monumental *Romanticismo y modernidad*, y joyas tan suspicaces como *Estudios sobre mística española*, de Helmut Hatzfeld; el precioso *Fin de siglo: figuras y mitos*, de Hans Hinterhauser, y *Lo azul en el arte*, bello ensayo de Manuel Martínez Dávila, por tomar algunos ejemplos,

este libro de José Juan Báez Fumero merece especial consideración para el estudio de la poesía desarrollada en Puerto Rico durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX.